

LA TERTULIA

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA Y DE ARTES.

Semblanzas de los siete redactores de la Tertulia.

D. Antonio García Gutierrez.

Los versos del Sr. García Gutierrez son dulcísimos. Así ha aprendido á hacerlos, llorando y describiendo con la mayor vehemencia los encantos y desdichas que suelen nacer del Amor, rey á quien ofrecen perpétuo vasallaje los corazones humanos. El Sr. García Gutierrez ha sido muy feliz en la pintura de este sentimiento, logrando ataviarlo con buenas galas poéticas, siempre que lo ha presentado en el teatro. Su ingenio es una mariposa de matizados y vivísimos colores que vuela de flor en flor, amante de la beldad de todas. Ya se posa sobre

El jazmin que agradece con su aliento
La blanda adulacion del manso viento:

ya besa las suavísimas y nacaradas hojas de la rosa: ya aspira el ardiente perfume que encierran los claveles. De este modo parece que va robando la hermosura de cada una de ellas para aumentar la suya propia. Sin embargo, es tanta su afición á lo bello que á veces viendo la luz correrá ciego á posarse en ella, aventurándose á una muerte segura y pronta. Alguna vez le ha sucedido esto, cuando ha intentado poner la mano en otros asuntos no amorosos, sacando por fruto, ya que no derretidas, ver chamuscadas sus hermosas alas. Su *Trovador*, según juicio de peritos, más que drama es una historia pintada en diversos cuadros, colocados por su orden en una galería. El Sr. García Gutierrez presentó un memorial á Talía para que le permitiese escribir comedias, acompañando su solicitud con una muestra de lo que en este género de obras podía esperarse de su ingenio. Es fama que la Musa, no bien leyó las primeras páginas de *los hijos del tío Tronera*, cuando envió á su autor á paseo, poniendo al margen del me-

morial un *no ha lugar por ahora*, mas grande que la Giralda de Sevilla y el Giraldillo por añadidura.

Por una cosa á quien algunos darán nombre de modestia y otros de inocencia, mas querrá el Sr. García Gutierrez ver á sus enemigos minando el edificio de su reputacion, que destruirlos con las armas vigorosas de la superioridad de su talento y de la razon, que es y debe ser la verdadera y absoluta señora del mundo. Seguramente no recuerda

Que hay en todos los siglos, y no pocos,
Censuras necias y censores locos.

D. Eduardo Asquerino.

Es un jóven de gran imaginacion. Demasiado ardiente en todas cuantas empresas literarias ha acometido y acomete, necesita que la edad vaya helando un poco la sangre en sus venas. Se asemeja á un árbol de tan escesiva lozania, que en vez de serle favorable, le sirve de perjuicio. Pero la enmienda está reservada, no al Sr. Asquerino, á la mano del tiempo.

D. José Sanz Perez.

Hay cocineros que para sazonar sus guisados usan de cuanta especería han producido y producen las fértiles campiñas del oriente. Pues bien: veámos en el Sr. Sanz Perez (autor de tantas piezas andaluzas) uno de estos tales, aderezando para el gusto de los aficionados al teatro multitud de platos, llenos de esquisitas viandas. Cuál va con salsa teñida en la dulzura del clavo, cuál en la mordacidad de la pimienta, cuál en la fragancia de la canela. Es cierto que algunos de sus manjares llevan mas especias de lo que fuera razon; pero aunque piquen que rabien, no son por eso menos apetitosos y encantadores que los demás. ¡Dichosas manos las del

tal cocinero que tan buena cuenta saben dar de su ingenio y su maestria, y mil veces dichoso el paladar que tan picantes y sabrosísimos manjares gusta.

En lo lírico el Sr. Sanz Perez se deja arrastrar de su vena poética; y confiado en las fuerzas de su ingenio, camina en algunas ocasiones, cual caballo sin freno, por tan malos pasos que va á riesgo de dar en un precipicio. Mil veces las Musas han llorado, no perlas que no las merece, sino cada lagrimon como puño, cuando en sus composiciones poéticas ha estado á punto de rodar la cuesta del Parnaso y dejar en ella los sesos para pasto de los cuervos y de los huitres.

Por lo demás quien conozca al Sr. Sanz Perez solo por sus piezas andaluzas, imaginará sin duda que es un mocito *crudo*, de ancha patilla, vestido á lo majo, navaja en cinto, escupiendo por el colmillo y perdonando vidas. En esto el engaño salta á los ojos. El Sr. Sanz Perez en realidad nada tiene de comun con *Pepe Tremendas*. Es un jóven de aspecto jesuitico, todo timidez y modestia: oveja en la apariencia; pero gato que esconde las uñas en tanto que acecha el momento de caer sobre el raton y devorarlo. De este escritor bien puede decirse aquello

del agua mansa nos libre Dios.

D. Adolfo de Castro.

Tal vez diga algun malicioso (imitando á un gran ingenio) que así como hay viejos que se tiñen las canas para parecer jóvenes, este es un jóven que se blanquea el cabello para asemejarse en lo posible á los viejos. Sin embargo, creo que le acontece lo que al vaso de cristal donde se depositan bálsamos ó licores, que aun despues de vaciado conserva por mucho tiempo el olor de aquellos, sin que basten á destruirlo el agua ni una constante limpieza. Considerémos, pues, al Sr. Castro como un vaso lleno de vejezes: el olor que exhale por fuerza ha de ser á viejo. Esto y no otra cosa es el motivo de lo anticuado de su estilo. Hubo un tiempo en que se dedicó al cultivo de la poesia: pero convencido de que en ella, á fuerza de mucho trabajo, todo cuanto conseguiria era llegar á mediano, colgó la lira en un desván (donde creo que descansa cubierta de polvo), y despidiéndose cortésmente de las Musas, tomó el camino de la literatura y la bibliografía.

Como para descubrir las mas recónditas madrigueras de la caza, se suele usar de hurones, animales de tan buen olfato; así para hallar las cosas raras de nuestra bibliografía no hay mas que echarles este *huron literario*.

Ha escrito varias obras históricas. La de los *Judios en España* da á entender que algo se puede esperar de su autor en este jénero de trabajos, pues no solo nos dice cómo fueron los hechos sino tambien por qué fueron. En sus notas al *Buscapié* demuestra (como ha dicho un apreciable literato de la corte) que para las cosas de erudicion y bibliografía tiene una *constancia verdaderamente alemana*. No aconsejaré á ninguno que se lle de sus elogios, si no ha recibido de él grandes pruebas de amistad; pues frecuentemente los da, no porque los crea justos, sino por quitarse las moscas de encima. Desea ver censuradas sus obras, solo por el dulcísimo placer de humillar con razones y pruebas á sus contrarios. A ninguno calla, pues tiene muy en la memoria aquel consejo que Apolo dio á la serpiente

Quejose á Apolo la serpiente un dia
De que todo pié humano la pisaba,
Y que cuando mas tímida ella huía,
Mas del hombre la huella la insultaba
Dijole Apolo: *si mortal é impio*
Mordido hubieras á la planta brava
Que á pisarte llegó la vez primera,
Otra alguna tal vez no te ofendiera.

D. José Pereira.

Tiene apacible condicion, buen ingenio y facilidad en el lenguaje. Exagerado en todas sus opiniones literarias, para él nada hay mediano. Cuando crea que una obra es buena, la pondra no digo en los cuernos de la luna sino sobre el mismo carro del sol. Cuando quiera deprimir cualquier cosa la pintará á los ojos de los oyentes mas baja que lo profundo de los valles ó que los abismos del mar.

Es muy tímido para acometer empresas literarias; pero nadie imagine que esto recelo ha nacido de haber ensayado sus fuerzas, y adquirido el desengaño de que no puede tener en ellas la mas pequeña confianza. Nada de eso. El Sr. Pereira se asemeja á aquellas aves que despues de dejar el nido paterno y volar de rama en rama, no se atreven á surcar la region del viento ni remontarse á las nubes por temor de la bajada. No recuerda seguramente el Sr. Pereira lo que á este proposito decia un gran ingenio español:

Suba yo, y bajo atrevido
en pedazos convertido;
que la pena del bajar
no será parte á quitar
la gloria de haber subido.

D. Joaquín Riquelme.

Hombre de claro entendimiento y vasta lectura; pero tan devoto de las ciencias matemáticas, que sin la verdad y exactitud nada encontrará bueno, así en las acciones de los mortales como en las obras del ingenio. Si se hubiese dedicado á cultivar la poesia, ya á estas horas tuviera la literatura española composiciones semejantes á aquellas del célebre matemático *Abu-Áli*, morazo de larga barba, mas viejo que un palmar; el cual cuando se reverdecia, que era lo mas del año, acostumbraba para mejor entretener la forzosa ociosidad de las armas, escribir á las muchachas coplitas á este tono:

Cuantas veo me gustan:
dividirme no puedo:
á todas las igualo:
á ninguna prefiero:
el círculo son ellas:
mi corazón el centro;
y los radios iguales
el amor que las tengo.

El señor Riquelme, como tan amante de resolver problemas é inquirir la verdad, se aferra en el antiguo proverbio de *no gerra quien pregunta*, para ocupar la plaza del mas furioso preguntador que han visto los nacidos y verán los venideros. Comúnmente se cree que *Ulises* se tapó con cera los oídos por no escuchar el canto engañoso de las sirenas; pero los que tal afirman se engañan y nos engañan. Ellas no cantaban, sino todas á la par (con mas bríos y constancia que el señor Riquelme) solian dirigir preguntas á todos cuantos para purgar añejos pecados surcaban las salobres aguas de los mares

D. Francisco Sanchez del Arco.

Es constante como el oso en perseguir á su enemigo, astuto como el zorro en burlar sus iras, y cruel como la víbora en abrasarlo con su veneno; por donde se ve que *D. Francisco Sanchez del Arco* tiene mas malicia que cuerpo. Acostumbrado su ingenio á manejar las armas de la sátira con alguna felicidad en los enredos de la política, creyó sin duda que cuando intentase dedicar su pluma al teatro, le estaban reservados grandes laureles en el genero cómico. No digo que del todo se engañó, pues algunos ha recogido. Pero así como hay hombres que estudian medicina en vez de arquitectura, y el arte de la guerra en vez de teología, logrando solo á fuerza de trabajo y constancia, ser medianos me-

dicos ó militares en lugar de buenos arquitectos ó teólogos, el Sr. Sanchez del Arco quizá pudiera aspirar á mayores cosas en lo lírico y en lo trágico; puesto que á esperarlo así nos inducen las lindas muestras que de uno y otro género ha dado en su *Aben-Abó*, drama donde campean el ingenio y el buen gusto. No siempre, sino algunas veces, se resienten de la aspereza de su condicion los versos del Sr. Sanchez del Arco; pero pedirle otra cosa seria lo mismo que pretender de una tierra acostumbrada á despedir de si pinos y yerbas por extremo aromáticas, verla poblada solamente de rosas y otras flores de suavísimo olor y fragancia.

Siempre el Sr. Sanchez del Arco tiene apercebido el punzante aguijón de la abeja para emplearlo en aquella sazón que juzga mas oportuna. Solo hay una diferencia; que este animal, cuando hiere á su enemigo, pierde el arma y la vida en la pelea, y el Sr. Sanchez del Arco guarda en el arsenal de su sátira, mas aguijones de abejas

Que átomos tiene el sol, rostros la luna,
Arena el mar, mudanzas la fortuna.

Por otra parte estima en mucho ser objeto de la envidia ponzoñosa, opinando en esto con un gran ingenio, el cual solia compararla con la lima,

Que cuando mas el hierro está rayendo,
Mas su fuerza y vigor va consumiendo;
En tanto que al acero que mordía
El lustre le acrecienta cada día.

EL CABALLERO DE LA TENAZA.

POESIA RELIGIOSA. (1)

LA ESPERANZA.

¡Oh estrella de bonanza.
Emanacion de Dios! signo dichoso
De bienaventuranza!
En tí, dulce ESPERANZA,
Mi triste corazón busca reposo.

¡Oh tú, de la inocencia
Guía perenne y celestial amparo!

(1) Esta composición forma parte de un tomito de poesías religiosas, que bajo el título de *Devocionario para los niños* pensó publicar el autor en América.

Santa y pura creencia
Que alumbra mi existencia
Con el fulgor de tu brillante faro!

Sin tí, virtud sublime,
Qué puede la razón torpe y oscura
Cuando el error la oprime,
Cuando angustiada gime,
Presas en los lazos de la carne impura?

¿Cómo podrá, del cielo
Volver los ojos á la escelsa cumbre
Desde el mezquino suelo,
Si de la duda el velo
Le oculta el brillo de tu clara lumbre?

Oh virtud inefable,
En quien el justo el símbolo venera
De vida más durable:
Ay triste y miserable
Del hombre pertinaz que en tí no espera!

Porque ciego y demente
Solo al pecado abrigará en su seno,
Y con afán ardiente
Se arrastrará imprudente
De sus pasiones en el torpe cieno.

Claro fanal divino,
Presta tu luz á la inocencia mía,
Si alguna vez me inclino
Por el fatal camino
Que á la impureza del pecado guía.

Haz que el alma gozosa
Del amor de la carne se desprenda,
Y fuerte y animosa,
De la vida espinosa
Sin riesgo cruce la torcida senda.

No de placer liviano
Mi alma se rinda al seductor delirio:
Dáme que venza ufano
Todo afecto mundano,
Aunque sufra por él duelo y martirio.

En vano el hombre impío
Mi fe combate con rigor acerbo,
Que vuelto á tí, Dios mío,
Constante desafío
La saña y los sarcasmos del protervo.

¿Qué importan los dolores
Que amargan nuestra vida transitoria?
¿Qué importan sus rigores,
Si otra vida de amores
Me ofrece Dios en su celeste gloria?

Esto, alma mía, piensa!

La virtud por los hombres despreciada,
Tendrá su recompensa
En esa gloria inmensa
De Dios y de los ángeles morada.

Serénate, alma mía!
Deja pasar las horas de amargura!
Tras la noche sombría
Vendrá risueño el día
Vertiendo el resplandor del alba pura.

Tras la penosa huella
De las desdichas, la virtud se alcanza:
Para marchar tras ella
Nos servirá de estrella
La inapagable luz de la ESPERANZA.

Yo marcharé animoso
Por este duro y desigual camino.
Sin tregua ni reposo:
Mi corazón gozoso
Busca las fuentes del amor divino.

Y, oh! nunca la pureza
De mi constancia y de mí se agote,
Ni postre mi firmeza
Del mundo la aspereza,
Aunque la sangre de mis plantas brote.

Oh estrella de bonanza,
Emanación de Dios! signo dichoso
De bienaventuranza!
En tí, dulce ESPERANZA
Mi triste corazón halla reposo.

A. G. G.

LAS PIEZAS ANDALUZAS.

Un tal Pedroso, que escribe en *La España* artículos apodados de críticos, ha levantado una especie de cruzada para acabar con las piezas andaluzas, haciendo al efecto en el mencionado periódico un llamamiento general, á fin de que en derredor de ese nuevo *Pedro el Ermitaño* se agrupen los que deseen ver desaparecer de la escena española, semejante género de composiciones.

Al llamamiento de guerra han respondido un folletínista del *Heraldo* y otro del *Popular*, y todos tres se disponen á no dejar comedia andaluza á vida ni andaluz con hueso sano.

Pero analicemos lo que es un crítico de Madrid. Si no en su totalidad, pues fuera injusticia notoria

el medir por un rasero
al hidalgo y al pechero,

y meter en un sacco á un Hartzenbusch (por ejemplo), con un Navarrete (de verbi gracia); al menos en su generalidad, los críticos que para afrenta de la literatura de España, campean por su respeto en la coronada villa, no son mas que pintores de zócalos; no ya de los que con almazarron y una brocha gorda garabatean un mal cuadro, sino de los que con una escoba sucia y un gran cubo de humo de pez, tiznan de negro la parte mas baja de los periódicos en que tienen el atrevimiento de escribir.

A tales zocaleros pertenece el Sr. Pedroso, y los dos que se le han agregado. ¿Se desea un juicio de ellos sobre alguna produccion dramática? Pues refiérase el argumento como Dios quiera, y dígase que tal lance ó tal carácter es ó no *verosímil*, ó es ó no *inmoral*, y se sale bonitamente del apuro. En la *verosimilitud* y en la *moralidad* consiste todo; y aunque la produccion si es traducida del francés sea robada á nuestro teatro, y aunque abunde en disparates históricos, y aun cuando haya personajes, escenas ó actos enteros de mas ó de menos no se dice una palabra siquiera. Seméjantes críticos son de la propia naturaleza de los que por desgracia llevan la voz en nuestros teatros; entre los cuales sé de uno que, sentado junto á mi luneta, me decia noches pasadas, cantándose *Los Lombardos*: «lo que mas me gusta y aplaudo de esta ópera es el terceto final, porque su música es muy *verosímil*, y sobre todo muy *moral*!»

¿Por qué esos zocaleros, así como ahora alzan cruzada contra las comedias del género andaluz, no la alzaron tambien contra las traducciones de los *vaudevilles* que tenían infestada nuestra escena? Es muy sencillo; porque ellos eran los traductores, y sin mas ingenio que un diccionario sacaban del teatro mas producto en un dia, que los autores españoles en un mes de trabajo.

La guerra que pretenden los zocaleros no debe hacerse por medio de artículos. Debe hacerse con producciones que llenen el vacío que dejarían las piezas andaluzas, y las empujarían, así como estas empujaron á su vez las traducciones francesas, y llenaron con ventaja su vacío.

Desaparecieron de la escena española las comedias de los Comellas y de los Valladares, no porque las combatieran con escritos, sino porque Moratin presentó otro género en las tablas. Imiten este ejemplo los Pedrosas y los Navarretes: produzcan y no traten de ahogar la produccion: inventen y no se rebelen contra el genio creador.

Bueno ó malo, es eminentemente español el género andaluz, no siendo invencion reciente sino del siglo XVI en que floreció Lope de Rueda. Este genio inmortal, y Cervantes, y Lope de Vega, y Tirso, y Calderon, y Quiñones de Benavente, y Castro, y cuantos poetas insignes tuvieron asiento en el Parnaso español, han hecho pequeñas composiciones llamadas *entremeses*, y aun comedias, en que introdujeron *rufianes*, *gitanos*, *vizcainos*, *negros* y *morillos* hablando estos en algarabia, y los otros con los chistes y modismos de sus respectivas provincias y naciones. Terencio en la culta Roma compuso su *Panulus*, en que hay un personaje hablando en lenguaje púnico.

Esto mismo, aplicado solamente á Andalucía, es lo que forma el género andaluz, cuya aplicacion no es tampoco de nuestros tiempos, sino de aquellos en que el eminente D. Juan del Castillo, escribió sus incomparables y chistosísimos sainetes. ¿Castillo que, como ha dicho un escritor gaditano, apenas es conocido de los madrileños, por aquello de hallarse en la persuasion de que en las provincias estamos dispensados de tener sentido comun!

Esos críticos de zócalo murmuren en buen hora de aquella pieza andaluza que no consideran buena, pero no por eso condenen el género andaluz en su totalidad. ¿Acaso se declararían en guerra con los dramas, las tragedias ó las comedias, porque se presentase en escena un drama malo, una tragedia peor, ó una comedia detestable? Es claro que no... aunque puede ser que sí, pues el *busilis*, como he dicho, está en lo de las traducciones.

F. S. DEL A.

BALADA.

LA PASTORA PERDIDA.

ABDON. ¿Qué haces sola y á deshora,

- linda pastorcilla, aquí en la vereda?
- PAST. Sali á coger la zarza-mora de mi choza, y me perdi.
- ABDON. Niña, no ves que te espones, si en el camino te pones, siendo bella como un oro?
- PAST. No me llevarán ladrones; no guardo ningún tesoro.
- ABDON. ¡Cuán vana está tu cabeza!
- PAST. ¡He dicho alguna simpleza?
- ABDON. ¿Quieres llevar mas caudal, para el instinto del mal, que el de tu limpia pureza?
- PAST. No te comprendo, pastor.
- ABDON. Dime, ¿si nace una flor en la orilla de un sendero, no le incita con su olor á troncharla al pasajero? Lo mismo podrá tal vez un malvado caminante al mirarte flor fragante tronchar astuto, anhelante, la flor de tu candidez.
- PAST. Yo, pastor, me reiré, que sé al amor resistir.
- ABDON. Famosa respuesta á fe; ninguno puede decir, de este agua no beberé.
- PAST. ¿Y en qué fundas ese arcano?
- ABDON. Dimelo, pastor severo.
- PAST. En que somos polvo vano, que muda forma en la mano de algun hábil alfarero.
- ABDON. El corazon escondido es terrible fortaleza.
- PAST. Con ataque repetido, el fuerte de mas firmeza al fin se ve destruido.
- ABDON. ¿Y si á la repeticion, pastor, no doy ocasion?
- PAST. ¡Yo te dejaré perpleja!
- ABDON. ¡Morir no quiere la oveja y la devora el leon!
- PAST. Tienes razon, es verdad; ¡ay! llévame á mi heredad, pues si sola aqui me quedo, me muero, pastor, de miedo; llévame por caridad.
- ABDON. Ven bajo mi proteccion, que yo seré tu fiel guarda; huye, oveja, del leon, que el sencillo corazon no vence á pasion bastarda. Vamos, si, bella pastora, y aprende, que en esta vida una ilusion seductora puede ser la zarza-mora

que te ha dejado á deshora en el camino perdida.

J. S. P.

CRITICA DRAMÁTICA.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO, drama en cuatro actos y en verso, de D. Eulogio Florentino Sanz.

Licito ha sido siempre á los poetas quebrantar la verdad histórica, alterando los hechos y atribuyendo á una persona acciones de otras; pero nunca presentarlas en el teatro con distinto caracter del que tuvieron. ¿Qué diríamos de un autor que nos pintase en cualquiera de sus dramas á Fernando V alabando las virtudes de los judios, al rey Felipe II diciendo chistes o convertido en el hombre mas impio de su corte o de su siglo, y á Carlos II siendo el mayor politico de la tierra?

El Sr. D. Eulogio Florentino Sanz ha pintado á Quevedo, no como fué, sino como él ha creído que debió ser. Quevedo no hizo guerra al Conde-duque de Olivares con enredos palaciegos, sino con sátiras y letrillas burlescas que andaban manuscritas por la corte. El célebre autor del sueño de las calaveras no represento su papel en el teatro del mundo, como quiere el Sr. Sanz, andando en competencias nada menos que con un valido poderoso, pues aunque señor de la Torre de Juan de Abad, no pasaba de ser un mero secretario del Duque de Medina-Celi. No pudo intervenir en la caída del de Olivares, porque este de resultados de la famosa glosa del *Padre nuestro*, lo tuvo preso en S. Marcos de Leon con grillos en los pies, desde el año de 1639 hasta el dia en que perdió el valimiento.

De forma que el Quevedo que nos pinta ni fué Quevedo, ni se le asemeja en cosa alguna. El Conde-duque de Olivares, hombre que en la historia se nos pinta como un politico sumamente astuto en conservar su privanza, no habia de tener la poca precaucion de guardar por espacio de veinte años un papel que tanto favorecia á la Reina su enemiga, como el que se supone escrito al Rey, por el malaventurado Conde de Villamediana con el fin de declarar su inocencia en los amores que el vulgo le atribuia. Menos podia condescender en facilitar una orden firmada de su puño y señalada con su sello á un asesino para que diese muerte á la princesa Margarita, parienta tan cercana del Rey Felipe IV. Esto lo hace aquel Conde-duque que en la historia es tan cuidadoso de toda clase de papeles que el dia de la perdida de su valimiento, se apresuró con ayuda de dos de sus secretarios á quemar cuantos documentos pudieran serle de perjuicio. Si Quevedo, ni nadie se hubiera atrevido á insultarlo frente á frente, cuando gozaba de un poder sin limites, y su persona estaba á la misma altura que la del Rey. Una travesura estudiantil, indigna

de la gravedad de un drama trágico, y propia solo de un sainete, es la ocurrencia de colgar con alfileres en la capa del Conde-duque el papel que Quevedo dirige al Rey. No sabe seguramente el Sr. Sanz que si este ingenio se hubiera atrevido á tanto, su prision y su muerte hubieran sido una misma cosa. Poner carteles en la misma capa del Conde-duque, ante quien temblaban los grandes de Castilla, hubiera sido una accion tan atrevida que raya en lo imposible!

Doña Isabel de Borbon, pintada por el Sr. Sanz tan sin vigor que solo sabia llorar y moquear, fué una señora sumamente astuta para ganar la voluntad de su esposo que le habia robado el valido.

No nos quejariamos del señor Sanz, si hubiese faltado á la historia por embellecer su asunto; pero hallando en ella uno hermosísimo, despreciarlo por inventar otro sumamente inferior, es una cosa por extremo censurable. ¿Qué argumento mas bello puede encontrarse, que una reina olvidada de su marido, valiéndose de cuantas astucias le facilita su amor para hacer que vuelva á sus brazos? ¿Qué cosa mas sublime, que verla en medio de los apuros del erario por los gastos en las guerras de los rebeldes catalanes y portugueses, enviando sus joyas al Rey para que las vendiese, y remediar la necesidad presente. ¿Y en fin, despues de recobrar el cariño de su esposo irle arrebatando el que este profesaba á su valido, y no parar hasta verlo derribado del puesto en que para mal de Español habia mantenido la fortuna por espacio de tantos años?

En vez de presentar todo esto, nos retrata el Sr. Sanz á una Reina boba, que para vencer sus desdichas no tiene mas armas que las del llanto: al Conde-duque ocupado solo en desvergonzarse con Quevedo y en escuchar las desvergonzas que este le devolvía. Por ultimo, á la princesa Margarita amante platónica de un Quevedo, que entonces era de edad nada menos que de sesenta y tantos años.

Quevedo, el Quevedo de las letrillas y de los retruécanos y el de los sueños de las calaveras, ni una gracia dice. Su estilo ni en lo serio ni en lo jocoso se aproxima al del personaje que representa; y asi cuando el Sr. Sanz pone en boca de su autor los versos del famoso soneto al desdichado duque de Osuna:

Faltar pudo su patria al grande Osuna;
Pero no á su defensa sus hazañas:
Diéronle muerte y cárcel las Españas
De quien él hizo esclava la fortuna:

parece que no son obra del Quevedo que alli se nos representa, sino de un gran ingenio, todo vigor y lozania en la versificación y en el lenguaje.

Si algun dia hubiese poeta tan audaz que, tomando por asunto de un drama cualquiera de las acciones del gran Cervantes, nos pintase á su héroe con intentos de derribar de la privanza al duque de Lerma, y no mostrando ni aun por asomos la sátira, el chiste y el estilo que dominan en todas sus obras, ¿no tendríamos razon para censurar á un autor que se habia aventurado á echar sobre sus hombros tal carga, sin ver antes cuán superior era á sus fuerzas?

Severos en demasia hemos estado con el Sr. D. Eulogio Florentino Sanz; pero á ello nos dan dere-

cho los criticos de Madrid, que con el fin de animar á un jóven de grandes esperanzas, han colocado el *D. Francisco de Quevedo* a la altura del primer drama de nuestro siglo. En él reconocemos buenos trozos de versificación en algunos diálogos, y escenas de gran efecto; y creemos que en el primer ensayo de su carrera dramática descubre este jóven prendas que algun dia honrarán la escena española, si elogios desmesurados no lo apartan de la senda del buen gusto. Pero de prometer á ser, hay la misma diferencia que del dia á la noche.

A. DE C.

SONETO.

Tengo aprehensiones yo como cualquiera,
Y tocante á caprichos, no se diga:
El campo, siempre verde, me fatiga;
El cielo, siempre azul, me desespera.
La luz del sol, cansada pareciera
Sin esa noche del dolor amiga;
Y sin la pena que el placer mitiga,
La vida misma insoportable fuera.
Pues esos ojos tuyos, amor mio,
Que pueden afrontar uno y mil cielos,
Mataron mi amoroso desvario:
No hallé sombra en su luz, no hallé desvelos,
Y mi ardiente pasion murió de frio,
Que asi muere el amor cuando no hay celos.

A. G. G.

TEATRO PRINCIPAL.

JORGE EL ARMADOR. Este espantoso drama en cuatro actos, que en dicho teatro se puso en escena el anterior domingo, no mereció la aceptación del público, si bien aplaudió en varias ocasiones al señor Calvo, que desempeñó el papel de protagonista. Semejante drama nos recordó la cruzada del señor Pedroso contra las piezas andaluzas; pues si fuera celoso defensor de la buena literatura, no decimos un *Pedro el Ermitaño*, sino el Angel del juicio final debiera haberse vuelto, convocando á son de trompeta á los vivos y á los muertos para apedrear comedias como las de JORGE EL ARMADOR.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO. Su desempeño no ha valido la pena de tanto anuncio como se ha dado al público en esquinas, en periódicos, y al final de las papeletas de las funciones anteriores: no ha pa-

sado de regular. El señor Valero recogió buenos y generales aplausos durante la representación de su papel de Quevedo, siendo a la terminación del drama llamado a la escena: también fué aplaudido el señor Fernandez.

El drama está bien ensayado en la colocación y movimiento de los personajes, y bien servido y decorado; pues en esta parte debemos reconocer en el señor Valero, el representante eficaz del público cerca de las empresas de que depende. Esto es muy digno de elogio por lo poco común que es entre los directores de escena.

AL BELLO SEXO PERTENECE EL DIABLO.

SONETO.

—¿Podéis clasificarme ese animal?—
 —Esa es una mujer.—
 —¡Oh! ¡Maldición!—
 —Son sus cachetes astros de azarcon
 Fijos en éter de plegada cal.—
 —¿Qué le cubre la parte cerebral?
 ¿Una gorra de pelo ó morrion?—
 —Cernejas de diez mulas viejas son,
 Que llevó a un peluquero el vendaval.
 —Su dentadura ¡Dios! préstamo es.
 Y sus senos saquillos de aserrin:
 Nidos de gavilanes son sus pies,
 Y su cadera un circulo-cojin.—
 —¿Y este es el bello sexo? ¡por San Pablo!
Al bello sexo pertenece el Diablo.—

J. S. P.

AL SEÑOR DARDALLA.

Vuelve a casa, pan perdido! Desde que ha andado V. por esas tierras de *extranjia*, que son todas las que están de Despeñaperros para allá, no sabemos de su persona mas que lo que a los periódicos de los Madriles les da la gana de decirnos. Y me parece, señor Dardalla, que todos ellos se han guiñado y dado con el pie para hablar mal de los andaluces, como si los andaluces fuéramos hombres que no entendiésemos la aguja de marear, y no supiéramos que los cómicos *llorones* escriben esas *arutadas* y las envían a los diarios para desfogar el *berri* encendido que los trae como perros con chocolateros. Usted no haga caso y siga por la vereda que lleva. Entretanto que ellos *lloran*, V. se rie y ha hecho lo que ellos no han podido. Ha he-

cho una revolucion en la mitad de los Madriles, y se han quedado como unos *lipipendís* todos los que tienen la intención de una pared vieja, para caer encima y aplastar a quienes puedan hacerles sombra.

Cuando lo vimos el Jueves 13 en este teatrillo del Balon, que fué donde V. nació, y los dos compañeros que traen, el señor Pardo y el señor Guerrero, nos pareció muy bien, y lo mismo los amigos, solamente que el *Corazon del bandido* no es pieza para lucirse: es bastante mala por mas primores que V. haga en ella, y que obligaron a los mirones a que tocasemos las palmas muchas veces.

Señor Dardalla, venga V. con la virgen Santísima; y sin *fachenda* por haberlo visto la Reina de España, echenos V. lo que sabe que nos da golpe.—Adios.

F. S. DEL A.

PLAZA DE MINA.

Acabado de llegar el correo, era un buen hombre en la plaza de Mina, sentado entre otros varios, el folletin del *Heraldo* en que el Sr. Navarrete sentaba plaza en la cruzada dirigida contra las comedias del género andaluz, por el señor Pedroso. Al llegar al punto en que dice no haberse atrevido los primeros actores a salir de la corte por hallarse las provincias infestadas de malos poetas, presentando por prueba de su aserto un detestable soneto publicado en Malara, repuso uno de los circunstantes que al mismo tiempo estaba ojeando el *Popular*. «La consecuencia no es muy logica, pues si por uno se ha de juzgar a la totalidad, se pudiera decir de Madrid, lo que ese folletinista dice de las provincias. O si no, vean ustedes los versos con que anuncia cierto vate de la corte, llamado D. Ramon Adame, una comedia suya en un acto intitulada *La hie fortuna*»

«Publico, que desatado
 si no te hallas apurado,
 te divertiras de contado,
 voy a decirte muy reverente,
 que me compres solamente
 esta linda produccion:
 no pierdas esta ocasion
 y la tomas al momento,
 pues me pondré muy contento
 he ... te lo digo sin pasion.

Los circunstantes prorumpieron en grandes carcajadas, no tan solo burlándose del poeta Adame, sino del folletinista del *Heraldo*.

La empresa del Teatro Principal ha ajustado a la excelente actriz doña Joaquina Baus. Nos alegramos de tal adquisicion en esta artista tan querida del público gaditano.